

CAPÍTULO XXII

Cartagena. — Trabajos asombrosos de los españoles. — Moción de un diputado al congreso. — ¿Qué pensaba cuando la hacía? — Abandono. — Visita á la Compañía. — Santo Domingo. — San Luis Bertran y San Pedro Claver. — Son estos hombres los verdaderos héroes. — Sus servicios á la sociedad; no son conocidos sin embargo. — Propaganda protestante; su éxito y sus ramificaciones. — Los fracones. — Santa Marta. — Panamá. — Energía del obispo. — Abnegación apostólica.

Yo os saludo, ruinas imponentes, suntuoso monumento del poder de un soberano cuyo imperio se dilataba por las cuatro partes de la tierra, yo os saludo, muros de Cartagena! Vosotros sois el libro en que leerán las generaciones venideras el poder inmenso del monarca por cuya voluntad fuisteis levantados, y las ondas que se alzan espumosas del seno del Océano, estrellándose contra vosotros, morirán á vuestras plantas, mientras que las tempestades y los rayos que el cielo despide en su cólera contra la tierra no conmoverán ni vuestras cornisas ni vuestros bastiones, ni desmoronarán las grandes piedras que forman vuestro grosor colosal.

Cuando los espesos bosques dejaron de ser muro y

fortaleza para los primitivos habitantes de la América y reyes poderosos, despues de arrebatárles sus campos, sus selvas y sus hogares, se disputaban los territorios descubiertos, aparecisteis vosotros grandes y formidables para defender los derechos del mayor de los monarcas que gobernaban la tierra. Era cerca de la media noche cuando yo me acercaba á Cartagena, cuyas enormes fortificaciones bañadas por el mar, alumbradas por la luna y poco distantes de los bosques, formaban un soberbio panorama. Mi imaginación me llevaba á la época en que nacieron esos muros, cuando despedían fuego sobre el Océano los mil cañones que coronaban sus castillos. ¡Qué diversa era entonces la suerte de Cartagena de la que despues habia de caberle! No existe en todo el continente americano una construcción en su género tan grandiosa y tan científicamente ejecutada como las fortificaciones de esta plaza: Casasmatas, Valdivia, Panamá, Chagres y San Juan de Ulua son pequeñas en su comparación, y las enormes sumas invertidas por la corona de Castilla en Cartagena rinden la mejor prueba de la importancia que le concedía. Mientras España conservó sus colonias de América, constantemente se invertían considerables sumas en la reparación de esas fortalezas y no cesaban de mandarse del Ferrol nuevos cañones para reforzar la plaza de Cartagena de las Indias. Nadie habria imaginado que ántes de medio siglo despues que los españoles evacuasen esta plaza, todo su precioso tren de artillería que desafió en un tiempo á las fuerzas navales de la Gran Bretaña habria de ser presa de algunos pocos

partidarios del gobierno rojo á quienes fueron vendidos por vilísimo precio! Conservando el gobierno granadino en pié de guerra sus fortalezas de Cartagena y Panamá, habria estado en situacion de defender esas plazas con ventaja, en caso de cualquier invasion extranjera.

« No necesita la Nueva Granada otra fortaleza que el pecho de los hijos que la defienden, » decia en la cámara de diputados uno de estos, empeñado en que fuesen derribados los muros y las fortalezas de Cartagena. Convenimos en que el valor que inspira el patriotismo á los ciudadanos es el primer escudo de los pueblos; pero cuando aquellos arrancan los cañones y los funden prefiriendo sus intereses á los de la patria, y cuando otros que divisan en el material de las fortalezas una fuente de riqueza tratan de explotarla, *pidiendo que sean destruidas y extirpadas hasta sus fundamentos* para que no queden ni aun vestigios de su existencia, fácilmente se advierte que ese patriotismo no es de tal naturaleza que deje ver en la generalidad de los ciudadanos abnegacion para hacer sacrificios por el honor y la defensa de la patria. Cañones habia en los castillos de Cartagena que hicieron fuego en Lepanto y combatieron en Flandes y los Países Bajos en las guerras mas célebres que sostuvo España en sus tiempos gloriosos. Cañones habia que en Paris, en Lóndres y en Viena habrian sido comprados á peso de oro y colocados en los museos públicos como páginas vivas de la historia; mas esto no pudo evitar que los rojos extendiesen su mano para destruirlos y que en cambio de unas pocas monedas los redujesen á barras de metal.

¿Pero dónde habria encontrado recursos para realizar su obra el diputado que pretendia destruir los muros de Cartagena y dismantelar sus poderosas fortificaciones? ¿Dónde habria podido ocultar los escombros de aquellas grandiosas y vastas construcciones, « para que no quedase ni vestigio de haber existido aquel monumento del despotismo que un dia hizo pesar su mano de hierro sobre el continente de Colon? » Con frecuencia se encuentran en todas las repúblicas americanas hombres públicos que, por no reflexionar bastante sus proyectos, ofrecen en los despropósitos que vierten mil tristes testimonios de la incompetencia de los cuerpos á quienes allí incumbe dar las leyes.

Recorriendo las calles de Cartagena, visitando sus plazas, sus templos y sus edificios públicos, sobre todos se encuentra estampada la tremenda marca de la decadencia y destruccion. Sus grandes cuarteles, tan poblados hace medio siglo, hoy están casi desiertos, y sus numerosos vecinos reducidos nada mas que á siete mil, que en la mayor parte pobres y sin arbitrios, viven con estrechez formando doloroso contraste con la opulencia de sus antiguos habitantes. No sé qué genio funesto preside en la Nueva Granada, ni puedo concebir por qué en vez de conservar sus hombres todo lo que hay de grande y honorífico para la República, han de ocuparse en sembrar ruinas en toda su extension.

La catedral y todos los otros establecimientos religiosos participan de esa misma decadencia. Visitando aquel edificio, todo me lo daba á conocer con harta claridad; en los paramentos que servian al culto de Dios, y hasta en

los sirvientes que intervenian en la policia de la iglesia divisaba el espíritu de destruccion y de revolucion estampando su huella y consumando su obra de ruina, devastacion y muerte en el seno del género humano. Pero todavía ha sido sin comparacion mas triste la suerte de la Compañía : al entrar en este majestuoso templo vi anegado por la lluvia una parte de su pavimento; vi sus altares destrozados, las imágenes sagradas rotas y profanadas, y la casa de Dios conservada con la falta de decoro en que podria estar la de cualquier hombre agobiado por la indigencia. ¡ Y este era sin embargo el mismo templo donde un siglo ántes se agolpaba un inmenso pueblo á escuchar la palabra del Señor predicada por hombres apostólicos !

En Santo Domingo un obispo celoso restablecia el decoro conveniente al lugar santo y reparaba las ruinas que el tiempo y los hombres amontonaron en su recinto.

Cuando yo visitaba estos dos últimos templos verdaderamente suntuosos, dos sombras venerables se me representaban incesantemente : Luis Bertran y Pedro Claver, apóstoles de la Nueva Granada. Ambos vivieron en Cartagena y santificaron con sus tareas apostólicas esa porcion de la viña del Señor. San Luis Bertran recorrió las provincias del Magdalena predicando la fe de Jesucristo á los infieles, fundó la mision de Tubarara y luego penetrando hácia el interior del reino bautizó á millares de infieles y propagó el conocimiento del Salvador en aquellas regiones vastísimas y hasta entónces absolutamente desconocidas. El puñal, el veneno y la calumnia, en vano fueron empleados contra él por per-

sonas influentes á cuyos intereses no convenia la propagacion del Evangelio; pero Dios le habia dado espíritu de fortaleza y todas las maquinaciones de sus enemigos se estrellaron en su fervor apostólico y en su paciencia incontrastable. En los ministerios de su orden sostuvo la disciplina regular, en Mompos y en Cartagena donde fué prior y en Bogotá como conventual, entregado á las fatigas de su apostolado, hizo brillar en toda su extension el espíritu del santo fundador del instituto dominicano, á quien se habia propuesto imitar desde su juventud. ¡ Y quién podrá expresar toda la paciencia, toda la perseverancia y toda la abnegacion del inmortal Claver? Despues de procurar la conversion de innumerables gentes cuyo apostolado Dios le confió, se aplicó con todas sus fuerzas á favorecer á la porcion entónces tenida por la mas abyecta y por consiguiente la mas abandonada y mas necesitada de auxilios religiosos y consuelos espirituales. Cartagena habia llegado á ser el emporio del poder de los reyes de España y el núcleo de la opulencia de sus vasallos en aquella parte de las Indias. Los especuladores que abastecian las colonias españolas de la mercancía mas abominable, por la punible conducta de los que la vendian y por la degradacion vergonzosa que de su comercio resulta á la dignidad humana, arribaban á Cartagena con sus naves cargadas de negros en las costas del Congo, de Senegambia y de Angola. Estos infelices esclavos marchaban á pié desde Cartagena hasta los lugares interiores adonde eran destinados; pero quedaban muchos en Cartagena, ya al servicio de los comerciantes, ya en los grandes depósitos adonde

ocurrían á comprar esclavos los agricultores de Antioquia, de Ocaña, de Tunja y de Pamplona. ¡Repugna recordar la época en que el hombre era vendido como otra mercancía cualquiera y depositado también para tenerlo á disposición de los que quisiesen lucrar con el fruto de su trabajo! Pero existió ese tiempo, y la religión no olvidó á ese hombre humillado y abatido hasta donde puede serlo la dignidad humana. Entre estos desempeñó su gran misión Pedro Claver, misión tanto más gloriosa cuanto que se dirigía á ilustrar al hombre á quien cargaba de cadenas la injusticia, y á consolarle en su mísera y amarga situación con las dulzuras espirituales que la fe hace saborear á sus creyentes. Claver tuvo en su santa empresa mil obstáculos que superar; mas su caridad fué tan fecunda en arbitrios como prodigiosa en sus efectos. No solo los instruyó personalmente, sino que les procuró escuelas, asociaciones piadosas, socorros temporales y una situación mejor bajo la potestad de sus señores. Para conseguirlo, ¿cuántas veces no tuvo que luchar con hombres opulentos y que tenían de su parte el influjo que dan inmensas riquezas? ¿Cuántas mas no se acercó á la autoridad para interponer las justas reclamaciones que los desgraciados negros no tenían medio de elevar? ¿Y cuántas otras no sufrió injurias y aun persecuciones obstinadas por parte de aquellos cuyo amor propio quedaba herido por la solicitud evangélica del santo varón? El catolicismo entero recordará perpetuamente estos rasgos hermosísimos que dejaron delineados hombres de alma tan grande como el santo Claver. No obstante, este acabó su vida en un rincón de su colegio, oscurecido,

abandonado de todos, sin clientela que preconizase sus hechos verdaderamente heroicos, y sin esos mentidos admiradores que vemos con sobrada frecuencia cubriendo con bellas y olorosas flores la fosa de muertos, que descendieron al sepulcro con el peso de más de una acción criminal que no retractaron y de injusticias que no satisficieron debidamente. Empero, escrito está « que ninguna obra del justo perecerá, » y las del inmortal Claver, publicadas no ya por negros infelices que perdieron en él su protector, sino por los sucesos prodigiosos que hicieron gloriosa su tumba, le adquirieron la veneración en los altares y la auréola resplandeciente con que orló el justo Juez sus sienes en el reino de los cielos. Hombres como estos son los verdaderos héroes que honran á la desdichada humanidad, y sin embargo, ¿quién es el que en las repúblicas americanas se ocupa en propagar la gloria de estos varones inmortales? ¿dónde están los monumentos que se les ha erigido y dónde las señales de público reconocimiento que les tributan los pueblos? ¡Ah! se decretan honores públicos á hombres que anegaron en sangre el bello territorio granadino, se votan estatuas y monumentos para perpetuar memorias manchadas con tiznes bien negros, y nadie recuerda mientras tanto á aquellos héroes que consumieron su vida haciendo bien, y no bienes de cualquiera especie, sino de aquellos que restituyen al hombre su dignidad, ilustran su entendimiento y le dan paz y consuelo en las desgracias de la vida. Pero el mundo es injusto ordinariamente, y sus honores y sus elogios no honran siempre al verdadero mérito.

El desórden franqueaba al protestantismo medios para propagar en Cartagena sus doctrinas revolucionarias; y en efecto, la Sociedad Biblica de New York envió allí un apóstata del catolicismo, y apóstata tambien de una congregacion religiosa, con la triste mision de pervertir á los católicos. Varias circunstancias habia para suponer que el protestantismo se desarrollaria rápidamente en Cartagena; despues de la revolucion de la independencia las logias francmasónicas se propagaron allí como en Santa Marta y Panamá mas que en ninguna otra parte de la Nueva Granada; de allí salieron los encargados de plantearlas en Bogotá, y tanto Cartagena como todas las otras ciudades de la costa recibieron con mayor abundancia las obras perniciosas que les enviaba la Europa para pervertir la fe y relajar las costumbres de los hispano-americanos. Además, algunos granadinos creyeron entrar en la moda y ser parte del buen tono llamarse protestantes en vez de católicos y así estos como aquellos parecia natural que hubiesen corrido á engrosar las filas del protestantismo que por primera vez era predicado y enseñado públicamente en la Nueva Granada. Mas no sucedió esto. Los que en secreto blasfemaban de Jesucristo y en las conversaciones privadas hacian la apología del protestantismo no estuvieron dispuestos á obrar públicamente del mismo modo, y los que habian sacudido el yugo de la religion católica no se sometieron al de la reforma de Lutero.

Ni es mas feliz la situacion de Santa Marta que la de Cartagena; al contrario, las epidemias unidas á los trastornos de la revolucion han hecho decaer esta ciudad

importante hasta el extremo de representar sus calles un desierto. En el clero es donde han abierto esos trastornos heridas mas profundas, porque los obispos sin tener seminarios eclesiásticos para educar los ministros de Dios, han impuesto las manos é impreso el sagrado carácter sobre individuos cuya vocacion no era bastante conocida. Los cambios políticos, las depredaciones de que la Iglesia fué víctima y las borrascas de la persecucion que alguna vez obligaron á los obispos á dejar su sede y á alejarse de sus diócesis, concluyeron con los seminarios en casi todos los obispados de la costa, y sus efectos los siente hoy el clero en su profundo malestar. Santa Marta ha sufrido además vacantes repetidas, y los males gravísimos que se propagan durante estas la han afligido con mas de una llaga.

En Panamá un prelado celoso, enérgico y lleno de abnegacion reparó los infinitos males que *el hombre enemigo* ha causado en su rebaño. Querian algunos burlarse de la Iglesia de Jesucristo de palabra y por escrito, oponerse á las disposiciones del obispo sistemáticamente, contradecirlas en los círculos y en presencia de los mismos que debian obedecerlas, no cumplir con ninguna de las obligaciones de católico, y, no obstante, querian al mismo tiempo ser tenidos por católicos y pretendian pertenecer á la religion católica. El obispo quiso arrancar la máscara á estos hombres peligrosos, para que no sirvieran de lazo á los incautos. Una medida semejante debió acarrearle sinsabores infinitos, y, en efecto, mucho tuvo que sufrir y mucho mas que vencer; pero nunca es tan grande el celo como cuando encuentra ocasiones

para ejercitarse, y las contradicciones vencidas con paciencia ganaron á los primeros apóstoles del cristianismo la victoria sobre todas las naciones.

El obispo habia aprendido en la escuela del Salvador « que todo aquel que se avergonzare de su fe no puede llamarse discípulo de Jesucristo, » y esta fué la regla de sus disposiciones en el gobierno diocesano. La prensa le llamó fanático, imprudente, arrebatado, y calificó de retrógrada su conducta; ¿pero podía acaso el discípulo prometerse suerte diferente que el maestro? « Cuando la revolucion grita contra los hombres que cual muro invencible atajan su progreso oponiéndole la doctrina del Evangelio, para el buen católico esos insultos son elogios y las necias invectivas otros tantos títulos que hacen acreedor al respeto de los buenos al que los mereció, » decia un escritor de nuestro siglo (1).

El seminario diocesano en el que el mismo obispo enseñaba la teología á los jóvenes levitas, y esa ejemplar abnegacion del pastor, no podrán ménos que traer sobre la grey las bendiciones del cielo mas copiosas.

(1) De Maistre, *Considerations sur la France*.



CAPÍTULO XXIII

Situacion religiosa de Venezuela. — Malestar profundo. — Sociedades secretas establecidas en Carácas y Maracaibo. — Su influencia contra el orden público. — Palabras de Bolívar. — Expulsion de los capuchinos y supresion de las otras comunidades. — Pormenores sacrilegos. — El dedo de Dios. — Vacantes. — Vicarios apostólicos.

Demos una ojeada sobre esa parte de la antigua Colombia donde nació la libertad americana, donde fué derribado primero el trono de los soberanos y donde armado un pueblo heroico midió atrevido sus armas con las de los aguerridos veteranos que triunfaron del ejército *invencible* del gran Napoleon. Mas no son las proezas de esos ilustres guerreros que combaten por la independencia de su patria, ni los sacrificios que hacen para realizar el vasto plan que concibieron de fundar la república sobre los escombros de la monarquía, ni son las vicisitudes sin cuento que sufrieron ántes de cantar victoria lo que nos ocupa, por mas que los intereses políticos de los Estados se encuentren ligados de ordinario con los intereses de su religion y de su fe. ¡Qué cuadros tan